

VISITA DE JUAN PABLO II A CENTROAMERICA

Desde hace varios meses se ha anunciado el deseo de Juan Pablo II de visitar Centroamérica. Algunos obispos han comunicado ya que vendrá a sus países y muy recientemente, el 26 de noviembre, los obispos de Centroamérica y Panamá han dicho que la visita "parece inminente". No se sabe todavía exactamente cuándo vendrá, ni muchos detalles del viaje. Se desconoce también si su viaje, que necesariamente tiene que ser a los diversos países centroamericanos, tendrá también en cuenta a Centroamérica como unidad geográfica, socio-política y eclesial, recalcando de esa forma la importancia actual de toda el área.

A pesar de estas incertidumbres sobre el cuándo y el cómo del viaje se pueden hacer, sin embargo, algunas reflexiones. Las hacemos desde una óptica global centroamericana, aunque lo que digamos más se aplica a unos países que a otros y esté más influido por la situación de El Salvador, Guatemala y Honduras y, en diferente medida, también de Nicaragua.

1. Parece claro que Juan Pablo II desea venir a Centroamérica, aunque esta visita le presenta un especial desafío y especiales dificultades. El Papa conoce sin duda la especial y trágica situación de los países e Iglesias centroamericanas. Por ello se ha hecho ya presente con diferentes cartas suyas a los episcopados de diversos países; algunas de ellas claras y comprometidas, como las enviadas a los obispos de El Salvador y de Guatemala. Pero su venida supone naturalmente una mayor implicación de su persona en situaciones verdaderamente trágicas y nada fáciles de afrontar.

Venir a Centroamérica no es lo mismo que visitar México, Brasil o África —regiones ciertamente con serios problemas humanos y

eclesiales—, sino venir a uno de los focos internacionales de atención y de conflicto. Su visita no puede ser por lo tanto rutinaria, aunque las de Juan Pablo II no lo son, pero ni siquiera sólo una visita, llamémosla, de buena voluntad. Cuando venga, millones de centroamericanos esperarán de él que pronuncie una clara palabra de verdad sobre Centroamérica y —al menos en lo que está de su parte— colabore a poner fin a los conflictos y a cimentar la paz en la justicia. En este punto básico el Papa no puede defraudar a millones de pobres que verán en él una esperanza de salvación.

Además del desafío que produce la misma situación existen dificultades de índole diplomática, aunque Juan Pablo II siempre insiste en que sus viajes son pastorales. Como dificultad ambiental está el hecho de que muchos de los países que visitará tienen y han tenido gobiernos denunciados frecuentemente en la ONU y la OEA, y también por diversos obispos centroamericanos, de violar masivamente los derechos humanos y perseguir cruelmente a la Iglesia. Este punto no podrá ser silenciado por Juan Pablo II con la consiguiente incomodidad de algunos gobiernos, la cual no desaparecerá aunque Juan Pablo II condenará también lo que hay de terrorismo revolucionario en la región. Por otra parte, su inevitable aparición con los gobernantes será comprendida por el pueblo como obligada cortesía; pero no lo sería si apareciese con algunos dirigentes políticos y militares a quienes se les ha hecho responsables de represión, crímenes y masacres.

En El Salvador se encontrará además con el recelo, si no protesta, de los gobernantes por su última carta. En Guatemala se encontrará con un presidente que pertenece a una secta evangélica,

a lo cual en sí mismo nada habría que objetar, pero tras ello se esconde la proliferación de sectas alienantes que tantas facilidades encuentran en algunos gobiernos del área y el escándalo en muchos creyentes al aumentar pavorosamente la represión precisamente bajo su régimen. En Nicaragua se encontrará con la tensa situación entre Iglesia jerárquica y gobierno sandinista, tensión simbolizada en la continuada presencia de sacerdotes en el gobierno, lo cual —según noticias aparecidas en la prensa— sería un obstáculo para su visita.

La situación de conflicto, por último, desata las pasiones de personas y grupos y los polariza unos contra otros. El Papa, por supuesto, podrá decir la verdad a los diversos grupos sociales y eclesiales, pero no es fácil unificarlos a todos, a no ser en vaguedades infructuosas. Las expectativas originadas por su viaje son diversas e incluso contrarias, y por ello es mayor el peligro siempre existente de manipular sus palabras y gestos.

Estas dificultades son reales y objetivas y no desaparecerán aunque la visita del Papa esté bien preparada y los católicos al menos se motiven seriamente para hacer fructífera su venida. Juan Pablo II, sin embargo, puede venir a Centroamérica y afrontar esas dificultades. Que los peligros no le asustan es claro por sus múltiples viajes aun después del atentado contra su vida. Que las dificultades diplomáticas tampoco le arredran es también claro, como lo mostró su viaje a Inglaterra y Argentina en plena guerra de las Malvinas. Que el dolor y la tragedia humana le mueven a la acción quedó patentizado en su oferta de viajar a Beirut si con ello podría haberse remediado la guerra y la masacre del Líbano. Juan Pablo II puede, pues, venir a Centroamérica y afrontar con firmeza los problemas reales. En un sentido, su venida es una necesidad —al menos desde el punto de vista eclesial— para que, en una situación tan angustiada como es Centroamérica, pueda tener algunos conocimientos de primera mano que le sean útiles después de orientar a una Iglesia que vive en países cuyos problemas van a ser previsiblemente largos. Necesidad es también que los cristianos y hombres de buena voluntad escuchen de cerca una palabra de esperanza y los que deciden el destino de Centroamérica, dentro y fuera de la región, escuchen una palabra desinteresada sobre la solución al conflicto.

2. Tanto la dificultad como la urgencia del viaje del Papa provienen de la misma realidad: Centroamérica. El conocimiento de su realidad

es, por lo tanto, imprescindible para un viaje fructífero. Por ello es importante la fuente de información de Juan Pablo II sobre Centroamérica. Por Centroamérica han pasado muchas personalidades y obispos para informarse e informar, llegando, a veces, a conclusiones diversas. El informe de **Pax Christi Internacional**, bajo la dirección de Mons. Bettazzi, fue criticado por el CELAM; el informe del CELAM fue criticado por otros obispos y —públicamente— por los de Honduras; las manifestaciones de obispos de otros países, sobre todo los de Estados Unidos, expresan la visión de Monseñor Romero y Monseñor Rivera, que no es compartida por otros. Las divergencias aparecen sobre todo al nivel de interpretación donde más actúa la subjetividad, los diversos intereses y las ideologías. Por ello, quisiéramos recordar lo que parecen ser los hechos básicos de la realidad centroamericana, anteriores a cualquier interpretación.

Juan Pablo II viene a una región verdaderamente convulsionada, donde la miseria y el miedo al terror han alcanzado límites insospechados. En Centroamérica es literalmente verdad que la miseria, "como hecho colectivo, es una injusticia que clama al cielo", como dijo Medellín. Este clamor "es el grito de un pueblo que sufre y demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos". Ese clamor que en Medellín pudo parecer sordo se ha hecho ahora en Centroamérica "claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante", como interpretó Puebla. La injusticia estructural y la violencia institucionalizada a lo largo de este siglo han mostrado sus frutos de absoluta miseria y cruel represión y han ocasionado, por otra parte, la reacción de los oprimidos y reprimidos.

No es ahora el momento de detallar el proceso centroamericano en los últimos quince años, pero sí de mencionar el dato fundamental actual: la injusticia ha producido y produce guerra, y amenaza con producir más guerra. A estos países viene el Papa. En esta situación viven 20 millones de hombres y mujeres, rodeados de la guerra y su amenaza. Sean cuales fueren las mejoras forzadas a realizar por los Estados Unidos en la región, los frutos hablan más elocuentemente de muerte y destrucción que de paz y construcción.

En los últimos años en Centroamérica han muerto violentamente alrededor de 100,000 personas, en su mayoría campesinos, indígenas y obreros que no han participado en los conflictos como combatientes, sino que han sido directa-

mente asesinados por la represión o indirectamente en bombardeos.

Alrededor de un millón de centroamericanos han tenido que abandonar sus casas y países en pobreza extrema para vivir como refugiados en situaciones inhumanas por las penurias económicas, la falta de trabajo, los trastornos familiares, las amenazas de represión, el futuro incierto y la angustia de que su situación se prolongue indefinidamente.

El deterioro económico se ha agravado alarmantemente. Los conflictos y las guerras han motivado masivas fugas de capitales, sabotajes a la infraestructura económica, dedicación de los escasos recursos internos y externos a la guerra y su preparación. La consecuencia para las mayorías es inflación, altísimo nivel de desempleo, miseria y hambre.

La violación de los derechos humanos no tiene límites y se magnifica con la guerra, pues la represión es parte de la guerra. En Centroamérica se da un horripilante cuadro de asesinados, decapitados, masacrados, torturados, todo ello con la mayor impunidad antes, durante y después de los hechos. Se dan las "brutales represiones" legitimadas en nombre de la seguridad nacional, como ha reconocido Juan Pablo II en su carta a El Salvador; hechos que en palabras de los obispos centroamericanos "evocan épocas de increíble barbarie". De ahí se podrá colegir el prácticamente nulo respeto a los derechos sindicales, laborales, civiles y políticos.

El derecho a la verdad no existe en muchas partes, pues los medios de comunicación social están controlados por intereses poderosos y muchas declaraciones oficiales no tienen escrúpulos en tergiversar y mentir. La administración de la justicia en muchísimos casos es prácticamente nula y los ciudadanos están al arbitrio de las autoridades. Las relaciones sociales se han exacerbado y polarizado hasta el extremo, dividiendo a los hombres y a los pueblos. La guerra ha hecho que desaparezca todavía más la verdad y la justicia y ha acrecentado la irreconciliación.

La guerra amenaza, por último, con extenderse fuera de las fronteras de los propios países. Es amenazante la situación entre Honduras y Nicaragua, la posibilidad de que El Salvador, Guatemala y Honduras unifiquen sus ejércitos, la sombra de una intervención. No se ve por ahora fin a las guerras locales y amenaza la regionalización e incluso internacionalización del conflicto con consecuencia imprevisibles.

Esta es la Centroamérica real a la que viene

el Papa. Esto es, si no lo único, si lo más hiriente de Centroamérica y lo primero que reclama una palabra del Papa. En su conjunto, con diferencias y gradaciones, el Papa vendrá a pueblos que están crucificados, cuyas esperanzas legítimas no se cumplen.

3. El Papa visitará a las Iglesias que viven en esos países, cuya encarnación en esa y no en otra realidad las diferencia y tiene que diferenciar de otras Iglesias, explica sus problemas y también sus logros. Algunos de sus problemas son claros. Las diferentes tomas de postura ante la realidad descrita hace que existan fuertes divisiones a todos los niveles: jerarquía, agentes de pastoral, simples fieles. Sigue existiendo la politización de la Iglesia de quienes apoyan la opresión y represión y aparecen no pocas veces junto a los verdugos de los pueblos. Existe el peligro, tantas veces hecho realidad, de quienes pretenden desentenderse de la realidad, abandonándola a su suerte para no "meterse en política", negando la encarnación y abandonando así eficazmente al herido en el camino. Existe, por otra parte, la dificultad de integrar adecuadamente fe cristiana y acción política, de promover una liberación integral entre los cristianos que hacen la opción por los pobres.

Junto a estos fallos, peligros y dificultades existe cada vez más la expansión de sectas alienantes, promovidas en gran parte desde fuera, a lo que la Iglesia católica y las Iglesias protestantes deben dar respuesta, no por volver a épocas antiecuménicas, sino por fidelidad al Evangelio de un crucificado. Esta masiva realidad de las sectas le presenta a la Iglesia serios problemas y serias preguntas sobre la evangelización masiva, la formación de sacerdotes y agentes de pastoral. De momento la Iglesia no tiene claras y eficaces respuestas.

Pero junto a estos fallos y problemas, las Iglesias a las que viene el Papa están pasando por momentos excepcionales de fidelidad y creatividad en la fe. En este juicio está operando sin duda un criterio interpretativo. Pero no se puede negar que las Iglesias centroamericanas han asombrado a otras Iglesias y están alimentando su fe, su esperanza y su misión evangelizadora. Algo por lo tanto muy profundo debe ser verdad. Muchos cristianos en Centroamérica han puesto en práctica el seguimiento de Jesús con todas sus consecuencias; de esa forma han hecho presente hoy en la historia al Jesús del Evangelio y esclarecen el Evangelio de Jesús.

No todas las Iglesias ni de igual forma han

hecho esto. Pero no se puede negar que muchos cristianos se han encarnado en la Centroamérica descrita, se han abajado activamente al mundo de los pobres, han permanecido junto a su miseria y su cruz, y desde ellas han crecido en la fe.

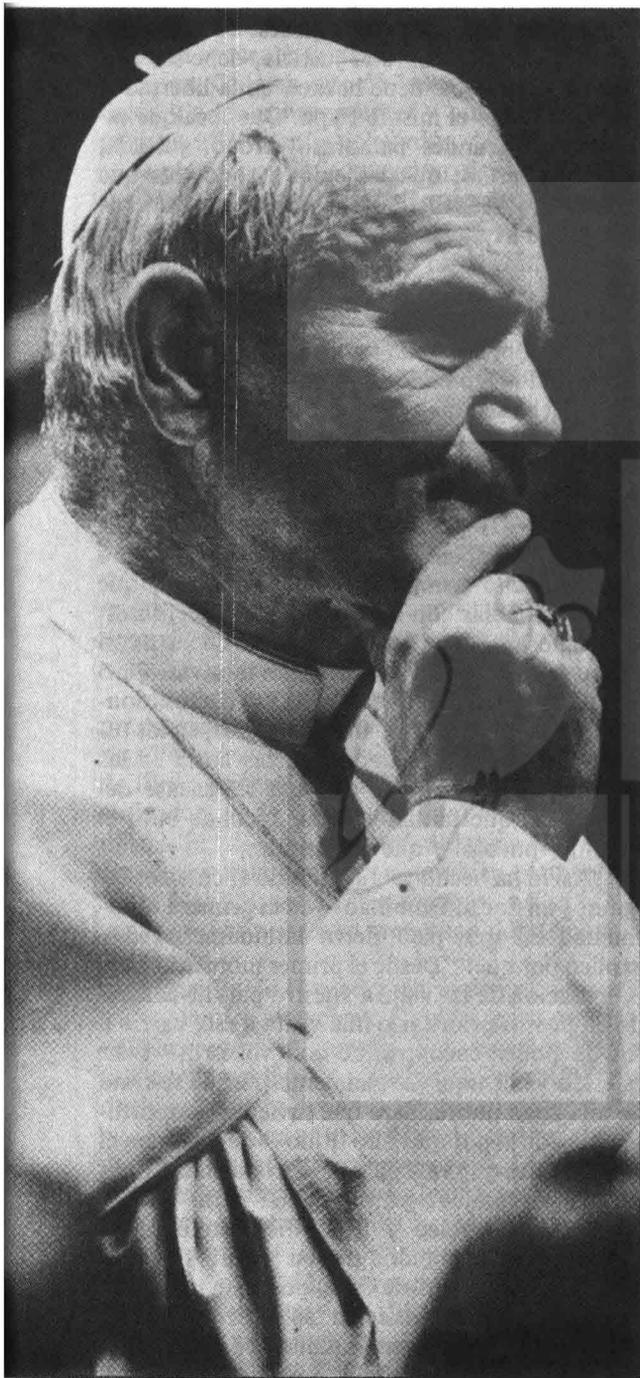
Muchos cristianos han hecho la opción preferencial por los pobres, han promovido la justicia y defendido sus derechos, han evangelizado a los pobres y han sido evangelizados por ellos, les han llevado la buena noticia de que Dios les quiere y quiere su liberación.

En estas Iglesias han crecido las comunidades de base, que por ser de base son comunidades de pobres. En ellas los pobres, a quienes la pobreza se les ha impuesto por destino histórico, tratan de cristianizarla, de vivirla con el espíritu de las bienaventuranzas y de erradicarla, no sólo para sí mismos sino para todo un pueblo de pobres. En ellas los agentes de pastoral, sus catequistas y delegados de la palabra, tratan de alimentar y hacer crecer en la fe en Jesús, atienden generosa y arriesgadamente a los necesitados en refugios, cantones y zonas de conflicto, mantienen la esperanza de los pobres en medio de la represión y la guerra.

Estas Iglesias, además y sobre todo, no han hecho como el mercenario que huye cuando ve venir al lobo, sino que se han mantenido junto a la cruz de los centroamericanos y han sido ellas mismas crucificadas. Más allá de casuísticas interesadas no se puede negar que Juan Pablo II vendrá a Iglesias mártires. Son miles los cristianos asesinados por ser cristianos. A veces muy explícitamente, por predicar clara y limpiamente el Evangelio; a veces porque la práctica de la opción por los pobres —con mayores o menores implicaciones políticas— les hacen sospechosos; en cualquier caso, porque estructuralmente esta forma de ser Iglesia es vista por los poderosos como amenaza a sus intereses y quieren acabar con ella.

Entre los innumerables mártires de estas Iglesias está un Arzobispo: Monseñor Romero. Quizá el Papa pueda repetir las bellas palabras que pronunció en su tierra natal sobre San Estanislao, obispo, mártir y patrono de Polonia, asesinado en el S. XII: "Dice la historia que las relaciones entre el obispo Estanislao y el rey Boleslao II, serenas al principio, se deterioraron a causa de las injustas crueldades cometidas por el rey con sus súbditos. El obispo de Krakow, auténtico buen pastor, defendió a su grey. El rey respondió con violencia. El obispo Estanislao fue asesinado mientras celebraba la Eucaristía. Desde entonces San Estanislao se convirtió en el patrono de Polonia, el bienhechor y protector especialmente de la gente pobre".

Y junto a Monseñor Romero ha habido en Centroamérica en los últimos años treinta sacer-



dots y religiosas, centenares de catequistas y delegados de la palabra, miles de cristianos asesinados. Muchos otros amenazados, capturados, torturados, expulsados. Colegios, imprentas, residencias de sacerdotes y religiosas, una universidad de inspiración cristiana, locales del Arzobispado, cateados y dinamitados. Iglesias sitiadas, saqueadas, profanadas. Comunidades dispersas y atomizadas, diócesis vacías o semivacías por la persecución. Un cuadro macabro sin comparación con otras partes del mundo en estos años.

Juan Pablo II viene a Iglesias perseguidas y mártires, acosadas pero no acabadas, derribadas pero no rematadas. Iglesias que dan testimonio con su oración y su fe, con su liturgia y obediencia, pero sobre todo con el signo del mayor amor: el martirio. Cuando el Papa repita el bello gesto de besar el suelo de estos países, estará besando tierra regada con mucha sangre de cristianos.

4. Qué dirá y hará el Papa en Centroamérica está naturalmente por ver. En sus otros viajes ha enfrentado con claridad lo que a su juicio son los problemas más urgentes para la Iglesia y el país. Por otra parte, las expectativas son también diversas. Grupos sociales, políticos, eclesiales y aun armados desearán que el Papa les dé la razón.

A continuación exponemos las expectativas fundamentales que se desprenden necesariamente de la situación descrita y que son las expectativas de los pobres. Los pobres son los que mejor entienden la realidad porque la sufren, y la realidad da la razón a los deseos de los pobres.

Los pobres esperan que Juan Pablo II repita con claridad una vez más que conoce sus sufrimientos y que los reconozca como destino secular de los pobres, expertos en sufrimiento antes de que el actual conflicto lo haya generalizado. Esperan que explique una vez más que la causa principal está en la secular injusticia dentro de los países, sin desviar la atención a otras causas externas, de modo que resueltos los problemas externos quedase sustancialmente intocada la raíz interna de la injusticia.

Los pobres esperan que en estos momentos Juan Pablo II se vuelva a concentrar en lo que la actual situación tiene de más trágico: la guerra y la represión, en una palabra, la muerte. Que haga lo posible por detener esta ola de muerte. Que diga con Monseñor Romero: "Es preciso defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida". Que vuelva a insistir en medios racionales y políticos para buscar la paz y que cargue la con-

ciencia a los que buscan la pacificación a través del exterminio. Que urja para Centroamérica su deseo para 1983: "El diálogo por la paz, una urgencia para nuestro tiempo".

Los pobres esperan que Juan Pablo II repita que la paz es un inestimable don, ahora de suma urgencia, pero que no será duradera si no es verdadera. Que la paz "debe realizarse en la verdad, debe constituirse sobre la justicia, debe ser animada por el amor, debe hacerse en la libertad", como ha dicho el mismo Papa. Que recalque estas cuatro grandes palabras: verdad, justicia, amor y libertad; que las exija a todos los que luchan en el conflicto, pero que se las recuerde sobre todo a quienes las han ignorado y sometido durante años, y se extrañan y quejan ahora de que ese sometimiento haya producido como fruto la guerra.

Los pobres desean también que el Papa repita, como lo hizo en Brasil y otros lugares, que la Iglesia debe ser una Iglesia de los pobres, parcial, "preferencial" por lo tanto; una Iglesia en que ellos sean verdaderos ciudadanos y no sólo, a lo sumo, objetos de beneficencia. Les gustaría que Juan Pablo II pusiera gestos concretos de esta parcialidad. Saben y comprenden que el Papa no tendrá mucho tiempo para muchas cosas, que tiene que hablar con los obispos, los sacerdotes, las religiosas. Saben que el Papa se encuentra con los pueblos en las concentraciones masivas. Pero les gustaría también que estuviese con ellos, donde ellos son los que son: en los refugios, en los tugurios, en las comunidades, quizás hasta en las cárceles. Quisieran que el Papa les sacase del anonimato que tantas veces se esconde bajo el término 'pueblo' y que les visitase.

Así lo ha hecho ya Juan Pablo II en otros lugares, y en Santo Domingo —en la primera oportunidad en que pisó tierra latinoamericana— explicó por qué: "Desde el primer momento de la preparación de mi viaje a vuestro país he colocado en puesto prioritario una visita a este barrio a fin de poder encontrarme con vosotros. Y he querido venir aquí precisamente porque se trata de una zona pobre, para que tuviérais la oportunidad —diría por más alto título— de estar con el Papa". Esto que vale para el barrio de Las Minas en Santo Domingo vale también para Centroamérica. El trágico y honorífico título de la pobreza cuelga por doquier en tugurios y refugios. Muchas cartas de estos pobres han pedido ya al Papa que los visite en 'su' Centroamérica.

Los pobres quieren también que Juan Pablo II tenga presentes a los muertos, que son tantos y

tan cercanos a los pobres, pues pobreza y muerte se dan la mano, ahora además por la represión. Quieren que rece por ellos y que les devuelva la dignidad de que les han privado al llamarles subversivos y criminales. Los pobres no creen que los 100,000 centroamericanos que han muerto son subversivos; saben que la mayoría son víctimas inocentes y muchos de ellos verdaderos mártires. Quieren que dé esperanza a los familiares y a los sobrevivientes y que les dé fuerza para tener la valentía del perdón. Quieren que rece también por la conversión de los asesinos para que dejen de matar. Quisiera también que visitase las tumbas de los mártires, donde está la fuerza de la fe de los vivos. Tantas son las tumbas que habrá que elegir alguna más significativa. En El Salvador, sin duda, quisieran que visitase y orase ante la tumba de Monseñor Romero donde sigue estando el corazón, la fe y la esperanza de los pobres.

5. Los pobres se preguntan, por último, cómo vendrá el Papa o, más exactamente, cómo le prepararán su venida. No les parecería bien ciertamente que se gastasen cuantiosas sumas de dinero o todo se preparase para mostrar una Iglesia triunfalista. Lo primero, porque la miseria es muy grande y, lo segundo, porque no están los tiempos para eso, sino para la humilde perseverancia y la fortaleza.

Pero más allá del estilo externo del viaje se preguntan por el estilo personal del mismo Papa; no sólo qué va a decir, sino cómo lo va a decir; si de forma general o con claridad para que todos entiendan, si de forma doctrinal o más desde la misma fe, si con autoridad de quien es Papa o con la cercanía de quien es también hermano en la fe. Naturalmente estas actitudes no se excluyen, pero los pobres se preguntan dónde pondrá el acento.

Juan Pablo II vendrá ciertamente como pastor y maestro universal. Hablará para enseñar, animar y también corregir. Esto exige de los católicos "escuchar con reverencia y acoger con docilidad cuanto el Santo Padre tenga que decirnos y enseñarnos en el nombre del Señor", como dicen los obispos centroamericanos. Exige, pues, apertura y disponibilidad al autoexamen. Pero los pobres esperan también que venga como amigo cercano con quien se puede dialogar. Les gustaría, aunque fuese brevemente, explicarle cómo entienden ellos —no sólo obispos, teólogos y dicasterios vaticanos— la Iglesia de los pobres, por qué a veces la llaman también 'popular' sin querer por ello distanciarse y menos separarse de

la institución y la jerarquía, qué entienden ellos por 'politización', cómo ven su compromiso como cristianos que son también centroamericanos en momentos de conflicto y deseos de liberación, qué problemas tienen en ese compromiso, cuáles han sido sus fallos y cuáles sus logros, qué han aportado como cristianos a esos procesos. Y al nivel más eclesial, qué les ha hecho crecer en la fe, el ejemplo de qué obispos y sacerdotes les mantiene, qué problemas tienen a veces con la jerarquía y cómo los resuelven, qué piensan y esperan de Roma.

A los pobres nunca les ha asustado que les digan la verdad, aunque sea también crítica, si es verdad y está dicha con misericordia hacia ellos. En El Salvador escuchaban a Monseñor Romero cuando los criticaba. Oirán por tanto también al Papa en sus advertencias. Lo que desean es que, además de eso, el Papa se les acerque para animarlos e incluso para felicitarlos. No habrá vanidad en ese deseo, pero sí la necesidad de que el Papa les diga que han ido bien, en lo sustancial del cristianismo muy bien, pues han dejado sus vidas por los caminos de Centroamérica. Necesitan esa palabra para seguir adelante en situaciones que no se prometen nada fáciles, así como necesitan la palabra crítica para corregir errores.

Los pobres quieren que la venida del Papa sea una fiesta y a poder ser 'su' fiesta. Ellos que celebran la solidaridad y la esperanza y celebran, llorando, a sus muertos quisieran que la venida del Papa fuese, en definitiva, un momento de alegría, porque es un momento del mutuo llevarse en la fe. Esperan que el Papa les enseñe y, como el apóstol Pablo, les comunique "algún don espiritual que los fortalezca en la fe". Pero ellos también quieren ofrecer al Papa lo que es más suyo: su dolor, su esperanza. Si el Papa los visita, si tiene la oportunidad de estar un tiempo con ellos, recibirá sus cantos y su liturgia, quizás café y pan dulce, y recibirá su fe.

El Papa viene a Centroamérica a confirmar en la fe. Pero —por qué no decirlo— se verá también confortado en su propia fe por la inmensa fe y el inmenso amor de muchos pobres. De esta forma el viaje de Juan Pablo II será como aquel viaje de Pablo cuando quería ir a Roma y decía a los cristianos romanos en medio de sus dificultades que quería visitarlos "para sentir entre vosotros el mutuo consuelo de la común fe: la mía y la vuestra".

Jon Sobrino